

LUZ DE CRISTO

II Dom. Cuaresma A - 8-III-2020
Oratorio de san Felipe Neri
Alcalá de Henares

«*Escuchadlo*».

La liturgia de la Palabra se abre hoy con la sorprendente llamada a Abraham del Dios verdadero, que él desconocía: **«Sal de tu tierra, y de la tierra de tu padre, a la tierra que yo te mostraré»**. ¿A qué tierra tenía que ir? Abraham no lo sabía entonces. Lo curioso es que a la hora de morir seguía sin saberlo, aún no había llegado a ella. Toda su vida peregrinó hacia esa tierra de la promesa, pero al final solo obtuvo la cueva donde enterró a su esposa Sara, y donde mandó ser enterrado él, la cueva de la Makpelá, en un país extraño. En el evangelio de san Juan escuchamos una afirmación misteriosa que viene ahora al caso. Dice Jesús: **«Abraham deseó ver mi día»**. Y es que la peregrinación de Abraham solo termina con la Pascua de Cristo. Abraham esperaba en el seno de la muerte. Jesús también fue enterrado en una cueva, también descendió hasta el seno de la muerte, pero llevó su humanidad y la de los que le esperaban más lejos, hasta el mismo ser del Dios Trino, ésta es la tierra de la promesa. En esta vida nuestra toda conquista es al final una tumba, pero Jesús ha conquistado para nosotros la vida de Dios, ésta es nuestra verdadera tierra, nuestra heredad. ¡Y es eterna!

En la transfiguración del Señor se deja ver esta herencia: la luz de su rostro y de sus vestidos nos habla de la resurrección, de su Gloria y de la nuestra. En plena visión, la voz del Padre manda: **«Escuchadlo»**. Y Jesús, que seis días antes les había invitado a seguirle hasta la cruz (Cf. Mt 16,21.24), ahora les dice: **«Levantaos, no temáis»**. Tradicionalmente se ha entendido en la Iglesia que Jesús permite esta visión adelantada de su Gloria para fortalecer la fe de los discípulos, para que la visión de la cruz no acabase por destruir totalmente su fe. Es necesario que esta fe se mantenga para caminar con él y alcanzar con él la gloria. No basta que Jesús llegue hasta la cruz y luego resucite, tiene que llevar con él a los suyos, nos tiene que llevar a nosotros. Por eso rezará a su Padre antes de ponerse en manos de los verdugos: **«Padre, quiero que donde yo estoy también estén conmigo los que Tú me has confiado, para que vean mi gloria, la que me has dado porque me amaste antes de la creación del mundo»** (Jn 17,24). Y por eso ahora nos muestra la Gloria que nos aguarda, para que no **«desfallezcamos faltos de ánimo»** (Hb 12,3).

El primer domingo de cuaresma nos puso delante a Jesús haciendo frente a las tentaciones en el desierto. Era un anuncio de la cruz, el adentrarse de Jesús en el desierto definitivo del hombre, en la muerte. Mientras él camina hacia ella, en un acto de obediencia a Dios y de entrega al hombre, escuchará de nuevo: **«Baja de la cruz y creeremos en ti»**. San Mateo habla también aquí de tres tentaciones: si eres el Hijo de Dios, baja de la cruz, le dicen, primero, los que pasan por allí; luego, los príncipes de los sacerdotes a una con los escribas y los ancianos; y en tercer lugar, los que estaban crucificados con él. Pero él desoyó todas esas réplicas de la voz del diablo, se adentró hasta lo más profundo de ese desierto, dirigió a su Padre su dolor y solo de él esperó respuesta. El primer domingo, por tanto, nos anunció la cruz. Este segundo domingo, con la humanidad transfigurada y gloriosa de Jesús, nos anuncia la resurrección. Así, estos dos domingos nos ponen en el camino de la Pascua.

Jesús toma consigo a Pedro, a Santiago y a Juan y se los lleva con él a un monte alto. El monte es para Jesús el lugar de la oración; y la transfiguración no se entiende fuera de la oración de Jesús¹. El Hijo hecho hombre lo recibe todo de su Padre y manifiesta de dónde recibe el hombre la verdadera gloria, no de su independencia de Dios, sino de la relación filial con él, de la escucha y de la obediencia.

¹ Esta idea, como otras de la homilía, las he tomado de Benedicto XVI.

No conocemos en este mundo una luz más potente que la del sol, y san Mateo usa esta imagen para expresar, como puede, la visión de una gloria que no es de este mundo: **«Su rostro resplandecía como el sol, y sus vestidos se volvieron blancos como la luz»**.

Esta luz de Cristo, que cantaremos en la Pascua, es la luz que todo lo ilumina: ilumina la creación, ilumina la historia del Antiguo Testamento, ilumina nuestra propia historia. Todo adquiere luz y belleza a la luz de Cristo, a la luz de su amor que vence toda muerte. Las cosas más oscuras de nuestra vida, los sufrimientos más ciegos... Todo puede ser purificado, redimido, salvado, por esta luz del amor que vence la muerte. La creación esperaba esta luz más fuerte que el sol; Moisés y Elías, como Abraham, esperaban esta luz. El Antiguo Testamento, la Ley y los Profetas, esperaban a Jesús. Todo le esperaba a él.

Enseguida, Pedro, con su habitual ímpetu, manifiesta que esta luz, Jesús lleno de gloria, es el paraíso: **«Señor, ¡qué bien se está aquí!»**. **«Él lo es todo para nosotros»**, dirá san Ambrosio. Pedro no quiere moverse de allí: **«Haré tres tiendas: una para ti, otra para Moisés, y otra para Elías»**. ¿Para qué creéis que está hecho nuestro corazón? ¿Este corazón siempre con hambre y con sed? ¿Acaso creéis que Dios nos ha dado un corazón insaciable para que suframos por no poder responder a su inquietud? No. Nos ha dado un corazón grande, capaz de su amor infinito, ¡capaz de Dios! Pedro dice como un hombre sencillo: **«¡Qué bien se está aquí!»** y expresa así que Cristo, con su humanidad gloriosa, es el verdadero paraíso. Él, y solo Él, es descanso para nuestra alma: **«Nos hiciste, Señor, para ti; y nuestro corazón anda inquieto hasta que descanse en ti»**.

Cuando Pedro está tan encantado, se oye la voz de Dios. Los tres apóstoles, espantados, se postran. Escuchan entonces la verdad fundamental que necesitarán retener para el momento de la cruz: **«Este es mi Hijo, el amado, en quien me complazco»**. Es lo mismo que habían escuchado en el Bautismo del Jordán. Pero ahora se añade: **«Escuchadlo»**. Han de saber que Jesús, el hombre con el que caminan, es el Hijo de Dios. Es el centro de la fe cristiana. Solo eso da valor a la cruz. En ella no muere un inocente más. En ella el Hijo de Dios se entrega. Esta verdad es nuestro escudo ante la gran tentación de la duda cuando llega la cruz: el que muere en la Cruz es el Hijo de Dios y muere por amor a mí. Pero no basta saber eso, es necesario escucharlo, ir con él y seguirlo. Ya lo hemos dicho antes.

Jesús se acerca a ellos, que están postrados en el suelo, y les dice: **«Levantaos, no temáis»**. No tengáis miedo de Dios y no tengáis miedo de la cruz. Tras lo cual, Jesús vuelve a centrar nuestra atención en la resurrección; les dice: **«No contéis a nadie lo que habéis visto hasta que el hijo del hombre resucite de entre los muertos»**. Cuando pase la cruz y lo vean glorioso, de nuevo en el monte, lleno de poder (**«Se me ha dado pleno poder en el cielo y en la tierra»**), entonces entenderán lo que ahora han visto fugazmente. También nosotros entenderemos. Como dice san Juan: **«Ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que seremos»** (1Jn 3,2). No sabemos lo grande que es la gloria que nos espera, solo podemos adivinarla a través de estas imágenes: **«Su rostro resplandecía como el sol, y sus vestidos se volvieron blancos como la luz»**. Ahora caminemos con Cristo: **«Escuchadlo»**.

Alabado sea Jesucristo
Siempre sea alabado

P. Enrique Santayana C.O.